

las religiones en la historia según arnold j. toynbee

El encuentro actual de las Religiones Superiores

Las concepciones de la historia de Arnold J. Toynbee figuran en nuestro siglo como un hecho cultural importante: desde la historiografía y la filosofía de la historia, sus escritos han tenido enorme resonancia en amplios sectores intelectuales. "Toynbee es considerado por los historiadores como un hombre de su especialidad" (1) y, sin embargo, pertenece a la situación característica tras la primera guerra mundial, en la cual "los intentos de descubrir ciertos principios ordenadores en el conjunto del acontecer humano partieron de la filosofía de la vida y de la sociología. La misma ciencia histórica especializada ha resultado muy afectada por estas teorías" (2).

Es muy importante el papel que Toynbee concede a la religión en el desenvolvimiento de las Civilizaciones, especialmente en épocas de transición histórica como la nuestra. Su pensamiento puede ser, por ello, bastante orientador en una reflexión como la propuesta en este número de *Proyección*, sobre el encuentro actual de las religiones del mundo. Vamos

a seguir, pues, el hilo de sus concepciones sobre la religión en la historia.

Su obra y su figura son bastante conocidas entre nosotros y me excuso, por ello, de una presentación general (3). Se cumple por estas fechas el primer aniversario de su muerte y resuenan todavía cálidos los ecos de sus panegiristas: "Era alto y enjuto, tenía la cara alargada y los ojos azules de los sajones... Era un soñador realista. Penetraba la realidad hasta sus entrañas y luego soñaba con ella, como los poetas y los filósofos... Esta torre de sabiduría ha apagado sus luces. Ha dejado de contestar las cartas y de recibir a [sus amigos... Pero detrás de la antigua torre se está proyectando otra mayor, liberada de las limitaciones del cuerpo físico: El Toynbee verdadero..., el más rico en vida, no suya, sino de todos" (4).

1. «Estudio de la historia». La «clave mitológica»

El tema de las religiones es muy constante en las preocupa-

ciones y escritos de Toynbee. Vienen a recogerse esas preocupaciones en la obra *El historiador y la religión*, como fruto de madurez sazónada a sus sesenta y cinco años: "En mi propia vida —nos confiesa en el prólogo— había llegado a un punto en el que la pregunta: "¿cuál es nuestra actitud respecto a la religión?" me exigía con tanta insistencia una respuesta que ya no me era posible dejarla de lado por más tiempo. Acaso habría podido seguir dejándola de lado, si me hubiera persuadido de que este asunto no era más que una cuestión personal, ya que en este caso no habría tenido gran importancia o interés para los demás. Con todo, creo que al encontrarme acosado por esta cuestión, estoy sufriendo una de las experiencias características de la actual generación del mundo occidental..." (5).

Sintetiza y perfecciona en este libro lo mucho que acerca de la religión había investigado en sus escritos anteriores, especialmente a lo largo de su obra monumental *A study of history*. Por la importancia de esta obra en toda su producción, vamos a partir de ella.

El contacto profundo con la cultura helénica desde su juventud, la experiencia de la primera guerra mundial que él veía entonces desde la lectura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides; la aparición de *La Decadencia de Occidente* de Spengler, fueron algunos de los impulsos que le llevaron a la concepción y maduración de su gran obra. Era un intento de estudiar entero el curso de la historia humana y mostrar cómo surgían, se desarrollaban y morían las Civilizaciones (6).

La unidad histórica elemental, el sujeto adecuado del estudio de

la historia no es para él la historia de una nación o de un Estado, sino la de una Civilización (Vol. I). Como "campo inteligible del estudio histórico", analiza Toynbee las unidades que se han dado en la historia, su curso y las relaciones entre ellas. Han sido, según él, veintuna las civilizaciones históricas, y de ellas persisten cinco en la actualidad: la civilización occidental cristiana, la ortodoxa, la islámica, la hindú y la del Extremo Oriente. La consideración de estas unidades, en analogía con la vida orgánica —nacimiento, crecimiento y muerte (Vols. II-V)— ha suscitado críticas duras: su postura resultaba ser una concepción naturalista de la historia, menos naturalista, en todo caso, que la de Spengler (7).

De entre estas concepciones es oportuno destacar una de sus ideas más originales: la teoría del *reto y respuesta* ("challenge and response") para explicar el origen de las civilizaciones (Vol. II). Es, de otra parte, una concepción en la que recurre ampliamente al mito religioso para su explicitación, y tiene por ello relación particular con nuestro tema. "Según Toynbee, ni la raza ni el ambiente o contorno, como él llama, pueden ofrecer solos una explicación valedera del nacimiento y desarrollo de una civilización. "Si nuestra incógnita no es la raza ni el contorno, ni Dios ni el Diablo, no puede ser un solo factor, sino que debe ser el producto de dos: cierta interacción entre contorno y raza, cierto encuentro o combate entre el Diablo y Dios. Esta es la gran trama del libro de Job y el de Fausto de Goethe. ¿Es ella, quizá, la trama de la vida y de la historia?" (8). No es muy justo, por ello, el achaque de naturalismo hecho a Toynbee y que antes apuntamos. "Toynbee es un humanista que posee una gran fe

en el hombre, al que considera capaz de cambiar el curso de los acontecimientos, y esto a pesar de su concepción de los ciclos de la historia" (9). Lo muestra la ruptura con el mito, la victoria sobre el reto demoníaco. La interpretación religiosa, mítica, del reto ofrecido por el obstáculo natural, va a continuarse también religiosamente en el modo como el hombre rompe con sus limitaciones, especialmente desde el ámbito de libertad creadora que le abren las religiones superiores.

2. El papel de las religiones superiores en las civilizaciones

Toynbee mantiene la tesis de que los objetos u objetivos posibles de la religión son sólo tres: "la naturaleza, el hombre mismo, y una Realidad Absoluta que no es ni la naturaleza ni el hombre, pero que está en ellos y al propio tiempo más allá de ellos" (10). Escalona estos objetos en las edades históricas, en relación con la sucesión de las civilizaciones y su filiación —Civilizaciones de primera generación (vgr. la Minoica), Civilizaciones de segunda generación o filiales (vgr. la Helénica, con respecto a la Minoica), Civilizaciones de tercera generación o derivadas de las filiales (vgr. la Cristiana Occidental, con respecto a la Helénica)— analizando las variaciones de religión y sus modalidades en uno u otro estadio.

El punto que Toynbee desarrolla más detenidamente, y que aquí más nos interesa, es el del ámbito en que se desarrollan las religiones superiores: en la decadencia de las civilizaciones de segunda generación, como empalme con las Civilizaciones de tercera generación que de ellas derivan. Es un pensamiento muy fecundo: la des-

integración de una Civilización suscita el nacimiento de una Iglesia, de una religión más alta, y de ella —como crisálida—, se alza una nueva sociedad (Vol. VII). Considera así al Cristianismo como enlace entre la Civilización helénica y la occidental moderna; el Mahometismo, como enlace entre la Civilización siríaca y las culturas iraní y arábica; el Hinduísmo como enlace entre las culturas índica e hindú; el Budismo, como enlace entre la sociedad china antigua y la Civilización del lejano Oriente.

Para situar bien este fenómeno es preciso considerar el proceso de disolución de una Civilización (Vols. IV-V), con causas tan profundas y variadas, como la pérdida de dominio sobre el contorno, el fracaso de la autodeterminación, la idolización de los triunfos, o de las instituciones o de la técnica, etc. Analiza la desintegración misma desde el cisma que se produce en el cuerpo social con la división en tres facciones principales:

— Las minorías dominantes, militaristas, administradoras, legisladoras, filósofos, que buscan dar coherencia al Estado universal en decadencia.

— Los proletariados externos: invasiones de los bárbaros, hordas guerreras...

— Los proletariados internos: los desheredados y marginados, en los cuales precisamente se suscita esa religión más alta antes aludida, que hará de enlace con la Civilización siguiente. Con respecto a la civilización occidental moderna, los proletariados internos no han dado paso creador a nuevas "religiones superiores", y sugiere Toynbee que ello puede ser debido a la constante vitalidad de la Iglesia cristiana, capaz de renovarse fecundamente. Tras el cisma del

cuerpo social, analiza el cisma en el alma, en forma de abandono o deserción, o de reacciones activas inadecuadas, vgr. sincretismo, uniformidad impositiva, arcaísmo o futurismo, etc. La transfiguración religiosa, como actitud y movimiento espiritual, origina el nacimiento de las religiones superiores.

En el camino de desintegración de las sociedades, los individuos creadores se presentan como salvadores, por la espada o por la filosofía, como arcaístas o futuristas, en aproximaciones imperfectas a la salvación religiosa: ésta es ofrecida por las religiones en sociedades que van creciendo a expensas muchas veces de la sociedad en descomposición, hasta llegar a suplantarse: son las Iglesias universales.

3. Las Iglesias universales, como una especie superior de sociedad

El espacio mayor que por razón de la guerra distanció la publicación de los volúmenes VII y ss. con respecto a los anteriores fue una ocasión propicia para que el autor revisara sus propias concepciones. "El cambio más importante en la concepción histórica que aparece en toda la segunda parte se refiere a la relación entre cultura y religión. La convicción a que ahora ha llegado Toynbee sobre esta cuestión repercute en toda la visión del curso de la historia humana y determina también en gran parte el análisis de la situación actual, por lo cual merece nuestra especial atención.

En general, en los seis primeros tomos, las culturas aparecen como equivalentes. En cuanto que divergen unas de otras, las religiones universales representan la mediación entre la cultura madre y la cultura filial. Las fuerzas que

soportan la historia son, pues, las culturales; las religiones están supeditadas a ellas; el curso histórico posee un carácter cíclico.

En el prefacio del tomo VII dice Toynbee expresamente que las experiencias de índole científica y política que ha tenido desde la primera concepción de la obra, y también sus transformaciones interiores, han traído consigo la revisión de su consideración. La exposición de las grandes religiones y de sus relaciones con las culturas... deja bien claro que estas religiones constituyen una magnitud superior. Así, pues, el valor de las diferentes culturas se mide por su aportación al surgimiento de una religión superior; la antigua concepción de la equivalencia de las culturas queda expresamente anulada" (11).

Expusimos ya, según esta nueva concepción, el papel de las religiones superiores en el tránsito de las Civilizaciones de la segunda generación a las Civilizaciones de la tercera generación. Pero el papel de las Iglesias universales, en esa transición, ¿es meramente funcional?

Comienza el volumen VII exponiendo dos concepciones opuestas del papel de las Iglesias con respecto a las Civilizaciones:

1.—Las Iglesias como cánceres, parásitos en el cuerpo de los Estados universales, que se desarrollan a expensas de su ruina.

2.—Las Iglesias como crisálidas: las Civilizaciones en la tercera generación tienen como antecedente una Iglesia universal, de la cual tienen su nacimiento y desarrollo. Así la moderna civilización occidental con respecto a la Iglesia cristiana.

Critica Toynbee los aspectos inadecuados de estas concepciones,

si se toma la Iglesia sólo en función de las Civilizaciones. En realidad se trata de una especie superior de sociedad. Su rasgo característico consiste en que tienen como miembro al único Dios verdadero. En ello se diferencia de las demás sociedades (12).

Considera Toynbee a partir de ahí la función inversa: el papel de las civilizaciones en la vida de las iglesias: las civilizaciones como preludios o como regresiones con respecto a la Iglesia y el riesgo de militar en la tierra que corren las Iglesias: los peligros de politización, de éxito económico, de idolización de la institución, que incita a las Civilizaciones filiales a apartarse de la misma.

4. El desafío presente: El encuentro religioso o la ruina de la Civilización

La sucesión de las Civilizaciones da lugar a una concepción más bien cíclica, en la primera parte publicada de *A study of History* (Volúmenes I-VI): las religiones se desarrollan sobre todo en las transiciones de una Civilización a la filial. A partir del volumen VII, el cambio de dirección apuntado antes abre paso a una concepción en espiral: en la transición de una Civilización a su filial primera no se da el fenómeno de las Iglesias universales; éstas aparecen en el tránsito a la segunda filiación. Así han surgido las cuatro grandes religiones de nuestro presente. Al encontrarnos ahora al final de las Civilizaciones por ellas alentadas, surge la pregunta por el futuro y por el papel que corresponde a las religiones en ese futuro.

Al no ser la marcha de la historia una vuelta cíclica, al presentarse la convergencia hacia un ecumenismo cultural y religioso como situación nueva y caracterís-

tica, no repetida antes en la historia, con amenazas y promesas muy singulares, la pregunta por el destino cultural y religioso de la Humanidad es incitante. Las Civilizaciones Hindú, Sínica e Islámica se encuentran más bien estancadas. La Civilización Occidental, en trance de disolución, abocada a su estancamiento, a su fin o a su regeneración creadora en una nueva andadura. Pero el Cristianismo, revitalizado tantas veces, lleva también encima la defección, los pecados de las Iglesias que Toynbee diagnostica con severidad. La Civilización Occidental ha rechazado por ello su tutela en un proceso de secularización creciente y alarmante. ¿Cuáles pueden ser las salidas de este impasse?

— *Una mutación religiosa*: los signos de colapso en nuestra Civilización, las actitudes típicas de una época de desintegración, ofrece la perspectiva de una ruina inevitable: "Parecería que el juicio exigido por el estudio comparativo de la Civilización occidental del mismo Toynbee es fatal y que nuestras expectativas para lo futuro permiten únicamente distintos tipos de acción dilatoria. Sin embargo, Toynbee continuamente se niega a obtener esta conclusión, aun en sus volúmenes finales, en los que, como muchos críticos han comentado, la supervivencia del Occidente se torna de mucho menos importancia para él a medida que surgen sus esperanzas para una "mutación" religiosa. El análisis de los primeros seis volúmenes se cierra con la esperanza de que Dios nos otorgaría un "aplazamiento" que sin duda recibiremos —asegura Toynbee— si lo pedimos "con el espíritu contrito y con el corazón hecho pedazos" (13).

El diagnóstico sobre nuestra situación cultural hecho por el historiador inglés es muy amplio y

certero (Vol. XII). Junto a la denuncia de las idolizaciones —el liberalismo individualista, el colectivismo, el nacionalismo, el poder técnico— estudia las exigencias y las amenazas de nuestro tiempo: la seguridad planificada, la justicia social, la elevación del nivel material de vida: el cumplimiento de estas exigencias no puede lograrse sin pagar un alto precio: la pérdida o el recorte muy acentuado de las libertades individuales. Pero es aquí donde, paradójicamente, se abren las mejores perspectivas religiosas, y con ellas las mejores perspectivas de regeneración universal. Mientras en el siglo XVII, al final de la época de Cristiandad y al comienzo del Occidente secularizado, las libertades estaban todavía muy restringidas por los Estados y gozaba, en cambio, de plena libertad la investigación científica y técnica, a mitad del siglo XX las cosas se han invertido: los Estados controlan plenamente la investigación técnica y proclaman la libertad religiosa. La reglamentación exagerada de las libertades en lo político, lo científico, lo económico, “podría dejar libres a las almas occidentales para que cumplieran el verdadero fin del hombre, al glorificar una vez más a Dios y al gozar una vez más de El” (14).

Estas perspectivas de apertura religiosa son muy esperanzadoras, pues para Toynbee la religión es, entre las diversas actividades importantes del hombre —el arte, la ciencia, la técnica, la economía, la política, las actividades recreativas y la educación—, la más fundamental y creadora: “la religión representa el intento que hace el hombre de ponerse en contacto con una Realidad espiritual absoluta que está detrás de los fenómenos del universo y, después de haberlo hecho así, vivir en armonía con esa realidad. Esta actividad lo pe-

netra todo. Abarca todas las otras. Además es la guía de la vida del hombre. Una vez que una criatura ha adquirido, como hizo el hombre, intelecto consciente y libre voluntad, tal criatura debe, ya buscar y encontrar a Dios, ya aniquilarse. “Donde no hay revelación el pueblo perece” (Prov. XXIX, 18). De manera que la religión sería la actividad fundamental del hombre, en el caso de que existiera una actividad fundamental. Sólo que la pretensión de la religión puede reivindicarse únicamente concibiéndola en términos que la trasciendan. La religión es la actividad fundamental del hombre sólo en el sentido de que ella abraza en sí todas las otras actividades del hombre” (15).

— *Un encuentro de las religiones superiores*: “El hombre se halla en la necesidad no sólo de conocer esa Realidad absoluta, sino de ponerse en contacto con ella y de estar en armonía con ella. Tal es la única condición por la que puede sentir que el mundo en que vive es su propia morada. Esta es “la luz que alumbró a todo hombre que viene al mundo” (Jn 1,9); y las religiones superiores son vehículos de esa luz. Pero al propio tiempo estas mismas religiones superiores son instituciones históricas que, como tales, transitaron a través del tiempo y del espacio, en los que, en cualquier punto y en cualquier momento de su trayectoria, encontraron las circunstancias locales y temporales de la vida humana... se influyeron recíprocamente e influyeron en las civilizaciones seculares, recibieron asimismo influencias de esas civilizaciones seculares, de otras religiones superiores y de sus antecesores” (16)3. “La esperanza de Toynbee para lo futuro parece radicar en que las cuatro Iglesias universales, cuyas semejanzas parece exagerar demasiado, de una

manera inexplicada trabajen juntas o se coaliguen produciendo (en una imagen típica de Toynbee) música celestial en la tierra en una armonía a cuatro voces" (17).

Este encuentro ecuménico de las grandes tradiciones religiosas, en el encuentro ecuménico de las Civilizaciones, le obliga a preguntarse por la coincidencia o divergencia, por la verdad entre ellas, por "la esencia y los elementos no esenciales de la herencia religiosa de la humanidad". "En la vida de todas las religiones superiores la tarea de criba es permanente, pues su cosecha histórica no está compuesta de grano puro. En la herencia de cada una de las religiones superiores advertimos la presencia de dos tipos de ingredientes. Hay verdades y dictados esenciales y hay prácticas y proposiciones no esenciales" (18). Toynbee realiza, así, una confrontación de las religiones en plano de igualdad. Opina con Símaco que "nunca podrá llegarse al corazón de tan gran misterio siguiendo un solo camino (19), y se esfuerza por concorciarlos todos.

En su intento choca, de una parte, con lo irreductible de los mensajes religiosos en muchos puntos. De otra parte, apoyándose en ciertas semejanzas, busca una línea de acuerdo en conjunciones de carácter "sincretista": llega a proponer una letanía en la que une las invocaciones "Cristo Adonis, Cristo Osiris..., Madre María, Madre Isis..., San Miguel y Mitra..., santos y bodisatvas" (20). Esta postura "sincretista" tan improvisada, si parece acercar sugestivamente muchas posturas distantes, tiene la desventaja de que la mezcla no podrá ser admitida por las mismas religiones que se quiere acercar, y esto sin posturas de intolerancia, en razón más bien de seriedad y

coherencia. Será preciso abrir el diálogo con serenidad y paciencia, y dejar que la luz de la verdad vaya descubriendo los caminos del encuentro.

— *Un camino de encuentro y salvación por el amor*: El último capítulo de *El historiador y la religión* abre un camino más fecundo que el sincretismo para el encuentro ecuménico de las religiones: es el camino de la confrontación entre las Antropologías que subyacen o llevan consigo las religiones: la abnegación y el ego-centrismo; la abnegación por un "ello" vacío, neutro o colectivo; o por un Tú, en los otros "yo" de mis prójimos, son las coordenadas decisivas en las que se mueve la alternativa religiosa del futuro, y las observaciones comparativas de Toynbee a este respecto entre las religiones superiores están llenas de interés y sugestión.

"La misión de las religiones no consiste en competir entre sí, porque sus misiones son complementarias", pero es preciso buscar en amor y en paciencia los indicios y criterios de la verdad plena. "Mientras tanto, todas las religiones vivas se verán sometidas a una prueba práctica. "Por sus frutos los conoceréis" (Mt. 7,20). La prueba práctica de una religión, siempre y en todas partes, estriba en su éxito o en su fracaso en cuanto a ayudar a las almas o responder a las incitaciones del sufrimiento y del pecado. En el capítulo de la historia del mundo que ahora comienza, parece que los continuos progresos de la técnica fueran a hacer que nuestros sufrimientos sean más agudos que nunca, y que nuestros pecados sean más devastadores en sus consecuencias prácticas. Esto deberá probarlo el tiempo y, si somos sensatos, esperaremos su veredicto" (21).

NOTAS

- (1) VOGT, J., *El concepto de la historia, de Ranke a Toynbee*. Madrid, 1971, pg. 139.
- (2) Ibidem.
- (3) Como exposiciones generales introductorias, cf. VOGT, J., o. c., pp. 139-156 (Teoría de la historia) y 157-172 (Orden mundial y religión universal). DRAY, W. H., *Filosofía de la historia*. Méjico, 1955. VII. Un método empírico: pp. 143-169.
Como referencias bibliográficas cfr.: EGUIA, C., Toynbee, A. J.: *Gran Enc. Rialp*, 22, 631-632. MATHIEU, V., Toynbee, A. J.: *Enc. Filos.*, 6, 568-569; especialmente cfr. VOGT, o. c., pp. 200-201. Entre la numerosa bibliografía existente merece destacarse para nosotros el estudio de ORTEGA y GASSET, *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee. Obras completas*, Tomo IX. Madrid, 1971, pp. 9-242. Expone y discute las posturas de Toynbee desde su propias concepciones filosóficas.
Para el conocimiento de su pensamiento religioso, a más de los numerosos pasajes de *Estudios de la historia*, especialmente el v. VII, *El historiador y la religión*, 1955. *Christianity among the religions of the World*, 1958. *El desafío del futuro*, Madrid, 1973, el capítulo dedicado a la religión. Cfr. FABREGA, V., *Toynbee i el pluralismo religio's de la historia*. Barcelona, 1962.
- (4) VINTILA HORIA, Recuerdo de Arnold J. Toynbee: *Ya*, 16-XI-1972, pg. 3.
- (5) TOYNBEE, A. J., *El historiador y la religión*. Buenos Aires, 1958, pg. 9.
- (6) Publicó en 1933 los tres primeros volúmenes y en 1939 otros tres. En 1954 aparecieron otros cuatro, seguidos de varios estudios complementarios y reconsideraciones, hasta completar los catorce volúmenes. Han sido publicados en edición completa española por la editorial Emecé de B. Aires: *Estudio de la historia*, B. Aires. I-XIV, 1951-1966. El resumen de la obra en tres volúmenes, de Somervell, ha sido publicado por Alianza Editorial, Madrid, 1970. TOYNBEE, *La historia*. Barcelona, Noguer, 1975, es también un resumen en diez amplios capítulos de la misma obra.
- (7) Cfr. COLLINGWOOD, R. G., *La idea de la historia*. Méjico, 1952, pg. 162.
- (8) VINTILA HORIA, *Presencia del mito*. Madrid, 1956 pp. 147-148.
- (9) RODRIGUEZ ARANDA, L., Prólogo a: TOYNBEE, A. J., *El mundo y el Occidente*. Madrid, 1963, pg. XI.
- (10) *El historiador y la religión...*, pg. 78.
- (11) VOGT, J., o. c., pg. 159.
- (12) *Estudio de la historia...* (Compendio III), pg. 365.
- (13) DRAY, V. H., o. c., pp. 168-169.
- (14) *Estudio de la historia...* (Compendio III), pg. 311.
- (15) *Estudio de la historia...*, vol. XIV, parte III, pg. 250.
- (16) *El historiador y la religión...*, pg. 266.
- (17) DRAY, W. H., o. c., pp. 156-157.
- (18) *El historiador y la religión...*, pg. 265.
- (19) Ibidem, pg. 297.
- (20) Cfr. DRAY, W. H., o. c., pg. 157.
- (21) *El historiador y la religión...*, pg. 298.